

Para traducir bien hay que tener una relación de amor con el propio idioma

por **Pilar del Río**

Dice José Saramago que los autores hacen las literaturas nacionales, pero la Literatura Universal, ésa, la hacen los traductores. Y debe de ser verdad porque de no ser por ellos, la mayoría de las personas sólo podríamos tener acceso a lo que se escribe en nuestro propio idioma, que si para algunos es un territorio amplio y rico, como es el caso del Territorio de la Mancha, nombre que le dio Carlos Fuentes al ámbito del castellano, o español, como dicen en América y, por supuesto, es el caso del portugués, para otros sería sólo el sueño de una tarde de verano. Pienso qué sería de un finlandés o de un islandés, por poner ejemplos relativamente cercanos, si no dispusieran de traductores que les llevaran a sus minoritarios idiomas las obras que se han ido escribiendo en francés, alemán, ruso, inglés o español. Pienso en nosotros, los españoles, en el frío que habríamos sentido cuando el tedio franquista, si no hubiéramos contado con el abrigo y el cobijo de la buena literatura de siempre y, sobre todo –porque en aquella época de puertas cerradas necesitábamos librarnos de la claustrofobia– si no hubiéramos contado, repito, con la buena literatura que se estaba haciendo fuera en esos momentos, libros que nos llegaban vía Argentina o México, clandestinamente y que eran la constatación de que el mundo existía más allá de los Pirineos.

Fue entonces cuando empecé a respetar a los traductores. Recuerdo que buscaba sus nombres y recuerdo que muchas veces no constaban o venían perdidos en los rótulos de crédito y en letras de cuerpo tan diminuto que sólo con lupa se podía adjudicar el trabajo a un nombre concreto. Pasó el tiempo y, mucho más tarde, supe quiénes eran algunos de aquellos traductores, me llegaron noticias de vidas difíciles, de exiliados que se quemaban las pestañas traduciendo a cambio de muy poco dinero y pese a eso, en tantos casos, gracias a esa miseria lograron sobre-



Pilar del Río, presentada por Beatriz Rodríguez, durante su disertación

vivir, porque mantenerse en el universo de la literatura y el amor por los libros les compensaba de las cenas que no pudieron cenar, del pan que no comieron y del vino que no bebieron. Conservaron su idioma, que era su bagaje, lo utilizaron como herramienta de pensar y de trabajo cotidiano y así lo transformaron en legado, entregándonos, con su memoria y su sensibilidad, páginas admirables de los mejores escritores, de esos que los ministerios franquistas no iban ni a subvencionar ni a promocionar porque, simplemente, no iban a permitir. No sé si alguien habrá investigado y escrito sobre la traducción y el exilio, en cualquier caso aquí dejo mi testimonio de gratitud y mi reconocimiento.

Un día empecé a conocer a traductores. En líneas generales eran jóvenes diletantes, más o menos aventureros, que habían viajado lo suficiente como para suponer que dominaban un idioma y, por tanto, se podían arriesgar en las procelosas aguas de la traducción. Quizá no presentaran muchas credenciales pero, por aquellos días también, descubrí que no eran necesarias, porque las editoriales pagaban menos a quien menos certificados tuviera en su poder. Salvo casos aislados, de autores claves en editoriales claves, las traducciones

se encargaban a personas que vivían un paréntesis en su vida, entre un trabajo y otro, que se recomponían de un fracaso, que no se habían podido situar en un lugar mejor de la mesa. Y este déficit todos lo hemos notado; hemos leído páginas que no significaban nada, construcciones mal hechas, faltas sintácticas y de ortografía, ausencia de rigor y de trabajo. Y es lógico aunque no sea justificable, porque estos traductores que no habían llegado a la traducción por evidente vocación o por imperiosa necesidad de trabajar en un idioma, no estaban dispuestos a empeñar muchas horas de su jornada a cambio de un salario que no compensaba siquiera el esfuerzo de sentarse. Si escribir en España y supongo que en Latinoamérica, era llorar, traducir en España y supongo que en Latinoamérica, era no vivir. Y de alguna forma sigue siéndolo, aunque hoy, cada vez más, el papel del traductor se va reconociendo y festejando.

Que la traducción haya entrado a formar parte de los estudios universitarios es importante. Que catedráticos firmen traducciones, también. Que se realicen congresos internacionales como éste, un paso en la consolidación de la profesión. Que escritores traduzcan a escritores, más todavía. Que los escritores colaboren y resalten el papel de la

traducción es definitivo para que se rescate de las tinieblas a las personas que nos permiten leer todos los idiomas del mundo.

Decía antes que llegó el momento de conocer a traductores y los conocí. Entonces, todavía no pensaba que algún día yo misma iba a traducir, era sólo una periodista que entrevistaba a escritores: a Miguel Ángel Asturias un día antes de que entrara en el hospital, de donde ya no saldría vivo, al primer Vargas Llosa, autor que hablaba de Flauvert con la misma sabiduría con la que nos contaba cuando se empezó a joder Perú, a Dámaso Alonso, que estaba en las cosas de la vida como si estuviera en un estrado académico, o al menos eso me pareció o, ya muerto el dictador Franco, a Rafael Alberti, que iba a Cádiz a recuperar su Arboleda Perdida y la agrupación de ferroviarios del Partido Comunista de España me invitó a subir al tren, que por un día era más de ellos que de la compañía ferroviaria, para que pudiera entrevistar al poeta que viajaba bien protegido de las iras de unos y el fervor de otros. Entonces, ante aquellos hombres grandes y emocionados, conscientes del honor que era transportar al poeta y al ciudadano, Alberti dijo a los micrófonos de la radio en que trabajaba y también a mi corazón, palabras emocionadas y urgentes, porque estaba volviendo al origen del sueño que había soñado durante cuarenta años, con todos sus días y todas sus noches, en el exilio que pasó en Argentina o en Italia, como quedó claro cuando, tiempo después, se instaló definitivamente en *El Puerto de Santa María*.

Pero con estos escritores, con tantos escritores como entrevisté en aquellos jóvenes años, hablaba de literatura, de la que se hacía en nuestro idioma o de la que nos llegaba de otros países: Francia, Estados Unidos, Italia, sobre todo, pero no hablábamos del hecho en sí de la traducción. Quizá entonces todavía no sabía que un traductor –sobre todo título y mérito– tiene que conocer y amar su propio idioma, tiene que ser un niño deslumbrado por las posibilidades que su lengua le ofrece y tiene que temblar de emoción cuando

construye con sus propias herramientas la obra que otro ha creado y que, sin embargo, también es suya. No se trata tanto de conocer el idioma que se va a traducir, lo fundamental, lo necesario y hasta imprescindible es conocer el idioma en el que se va a escribir la obra que se está traduciendo. Por supuesto, esto no quiere decir, no podría decirlo nunca, que basta con tener un conocimiento somero del idioma que se traduce. En absoluto. Para hacer una buena traducción hay que conocer el idioma que se traduce, la cultura del país del escritor, tanto la que dicen que hay que escribir con mayúscula como la cultura de la calle, la idiosincracia del escritor y de su entorno, la historia del país, sus referencias, sus santos y sus villanos, los nombres de sus pintores, de sus músicos y de sus asesinos: sólo así se entenderá el texto que se va a traducir, y sólo si se ha entendido se podrá poner en buena lengua, en buen castellano, puesto que del castellano y en castellano estamos ahora hablando.

O sea, que para bien traducir, según mi modesto entender, hay que conocer el propio idioma y hay que tener con él una relación de amor casi tan profunda como la que tiene el escritor cuyo libro vamos a trabajar. Debemos de tener presente que ese escritor ha querido, con su obra, ensanchar su lengua y dotarla de una nueva armonía, del registro no inventado que esperaba su mano, su sensibilidad y su dedicación para nacer y esa responsabilidad pasa al traductor cuando se enfrenta al texto. En definitiva, lo que quiero decir es que el traductor tiene que conocer su idioma, tiene que amar el texto que traduce, tiene que respetar y amar al escritor.

Dirán ustedes que mucho abuso del término amor cuando, en realidad, estoy hablando de un oficio, de un trabajo considerado menor, que se realiza con una dosis de profesionalidad y algún que otro capotazo, de esos que se aprenden con el ejercicio. Es verdad que así se elaboran muchos libros: las librerías y nuestras bibliotecas están llenos de ellos, pero esos hablan de sí mismos, yo me refiero a otros objetos, los que desprenden el perfume de la armonía,

los libros que transpiran dedicación, que están pensados con esmero, escritos con la intensidad de la vida y la belleza de las cosas, editados por personas que los han entendido y traducidos por quien, por amor, ha dejado otros quehaceres y se ha empleado en un texto que enriquece y que, a su vez, lo enriquece, aunque sólo sea porque a la sensibilidad del autor suma la suya propia.

Y como estas cosas que estoy diciendo no son retórica barata, como el mundo de los sentimientos no está tan alejado del universo de la literatura, voy a poner ejemplos verdaderos, les voy a contar unos cuentos a ustedes, que son personas mayores y, quizá por padecer ese inevitable defecto, hace tiempo que nadie les dice aquello tan hermoso del *Érase una vez*.

Érase una vez una mujer joven, nacida en Dinamarca, que se llamaba Mona.

Un día Mona cerró su casa de Copenhague y se fue a África como cooperante. Era bióloga, había estudiado las plantas y sus efectos, especializándose en materias que le permitían ayudar a otros, por eso viajó hasta una misión que reclamaba técnicos y científicos para, con sus conocimientos, desarrollar su área específica. Mona leía libros desde pequeña, porque sabía que en ellos se encontraban las respuestas a las preguntas, tanto las que se formulan o las que se quedan enredadas por los vericuetos de la personalidad, pero sus ratos libres los dedicaba a la pintura, a mezclar tintes para obtener colores, a mezclar colores para obtener texturas y por ahí. No se sabe si a África se llevó sus pinceles, lo que se sabe es que vivía en una casa que se derrumbó una noche de tormenta, de esas que el trópico gestiona con algún motivo que hoy por hoy desconocemos. El caso es que cuando amaneció y se contaron los daños, Mona supo que no podría seguir viviendo en un lugar cuyo techo había volado y por cuyos muros entraban sol y ojos, demasiada exposición para su piel blanquísima y su pudor. Comentó el asunto con otros cooperantes y el destino le facilitó la vida; unos portugueses que regresaban a Europa deja-

ban la casa, ella se podría mudar y hacer uso de la pequeña biblioteca que formaron durante el tiempo de sus tareas humanitarias. De manera que Mona cambió de casa, se encontró con libros conocidos y cuando llegó a los desconocidos se enfascó en la hermosa aventura de tratar de leer idiomas que apenas dominaba. Era el caso del portugués, así que cuando comenzó a leer *El año de la muerte de Ricardo Reis* se pertrechó de diccionario y se dispuso a realizar el saludable ejercicio intelectual de la comprensión. Y pedaleó, pedaleó, pedaleó, hasta que el magma se fue aclarando y consiguió poner expresión a las personas, paisaje a las calles y luz a los atardeceres. Hasta que supo las medidas de Ricardo Reis y Lidia, calibró el temblor de Marcenda y torció la nariz ante el despreciable olor de la inocente cebolla si es masticada por un policia que sirve a la dictadura como su mejor señor. De pronto Mona se enamoró del libro, del estilo con que está escrito, de lo que cuenta, de cómo lo cuenta, de Ricardo Reis y de Lidia, de Marcenda y de Lisboa, del hotel Bragança y de la plaza de Camoens, del alto de Santa Catarina y de Adamastor, de Fernando Pessoa volviendo al cementerio de Placeres, de Ricardo Reis, que lo acompañará sin darse cuenta que deja viva la vida que ha dado en un momento de entrega... Y porque Mona se enamoró del libro aprende *portugués* y cuando regresa a su casa de Copenhague, después de abrirla y colocar en su sitio el sol que llevaba acumulado de África, se va a una editorial y se ofrece para traducir una obra que también acabará seduciendo al editor. Mona no sabía portugués, aprendió para traducir el libro que se le presentó como una fulguración y ya no quiso volver a la botánica, porque el idioma aprendido le abrió puertas desconocidas en el suyo propio y se produjo un maridaje feliz. Ya van años de esto, para que este cuento tenga un final clásico y brillante. Desde entonces Mona es traductora, ha recibido premios nacionales e internacionales, escribe sobre traducción y siempre cuenta que las tormentas en África tienen sentidos ocultos, al menos aquella que una noche se llevó el tejado de su casa y también a ella la transportaba a otra

vida, al mundo de las palabras donde hoy habita y es feliz.

El segundo cuento de amor tiene un final más triste, pero muy hermoso y muy clarificador, al menos para mí, que tengo de la traducción estos criterios.

La historia se sitúa en Inglaterra y el protagonista es un hombre. Se llamaba Giovanni y murió el día que hubiera cumplido 64 años, en febrero de 1976.

Los abuelos de Giovanni llegaron a Gran Bretaña huyendo de guerras y hambrunas y se asentaron en Escocia. Allí nacieron los hijos y los nietos, británicos de papeles y de formación, aunque alimentados en el rescoldo de otras lenguas, el italiano que se difumina, el español que se estudia, el portugués que se aproxima porque es próximo. Y Giovanni, cuando crece, decide quedarse en el mundo de las palabras y de la literatura, se convierte en catedrático de Lengua y Literatura Española en la Universidad de Manchester, consigue introducir los estudios de portugués y añade a sus clases y a la formación de sus alumnos la traducción de los libros que él ha podido leer y que le gustaría que sus amigos leyeran. Cuando se encontró de frente con *Memorial del Convento*, de José Saramago, supo enseguida que traduciría ese libro y, sin esperar un encargo, se puso manos a la obra. Cuando el libro estuvo traducido amontonó los folios, con el cuidado que lo caracterizaba lo alineó, los guardó en una carpeta y se dispuso a ir, de editorial en editorial, en busca de quien publicase aquel tesoro,

después de haber avisado al autor, en un restaurante de Lisboa desde el que se veía el río, de su empeño y su propósito. Saramago, que del mundo de la edición sabe algo, no quiso repetir, aquel medio día, los datos de la realidad: de lo que se publica en el Reino Unido al año, sólo un 3% es obra traducida, el resto de la producción es de lengua inglesa, porque hay culturas que se creen autosuficientes y ahí radica el origen de su incompreensión del mundo.

Pues bien, Giovanni, tras su conversación con Saramago, voló a Londres, con su carpeta bien organizada bajo el brazo y su obstinación. Creo que no he dicho que Giovanni era un hombre testarudo. Tendrían que verlo, con su traje gris, su eterno paraguas, su sonrisa entre pícaro y solemne, su prodigioso sentido del humor, su capacidad de trabajo, su empeño en las tareas que consideraba convenientes. Pues bien, este hombre consiguió romper el porcentaje de libros no ingleses publicados en el Reino Unido y en los Estados Unidos, porque año tras año, desde *Memorial del Convento*, fue traduciendo toda la obra de Saramago y recibiendo por ello los premios más importantes de ambos países y los elogios más gratificadores, porque procedían de maestros como Harold Bloom o George Steiner o, y esto es tan bueno como lo anterior, de sus compañeros universitarios y de los escritores vivos a los que traducía, dándoles de esta forma nueva vida a sus libros. Así llegamos a 1995, es la hora de traducir Ensayo sobre la ceguera, que acaba de salir en Portugal, pero

Nº 65 agosto - septiembre 2003



entonces ocurre lo imprevisto, porque nunca figura en los planes de nadie oír estas palabras: "Está usted enfermo, su mal no tiene cura, sus días están contados". Entonces Giovanni apartó de sus sueños la vieja idea de retirarse a un lugar de Dinamarca, con humana y literaria compañía, reorganizó su agenda y haciendo uso de la flema británica, que también se emplea en la vida, no sólo en el cine o los libros, se dispuso a cumplir los compromisos que, sobre todo con él mismo, había contraído. Así, entre entradas y salidas del hospital, iba traduciendo páginas con una urgencia que no podrán entender quienes disfruten de buena salud y crean que les queda una vida por delante. Hubo un día, en la evolución de la enfermedad, que Giovanni tuvo que elegir entre tomar o no un medicamento que le prolongaría la vida pero perdería la visión y Giovanni, que estaba acabando de traducir, como he dicho, Ensayo sobre la ceguera, dijo que quería terminar su trabajo y para eso necesitaba sus ojos. Murió cuando acababa de poner el punto y final a su último libro, a su último acto de amor.

Traducir es un oficio, es un medio para ganarse la vida, es una disciplina con un cuerpo teórico abultado, es una técnica, es un voluntariado, es la salida de algunos, que no pudieron escribir sus propias historias, o la de otros, que quisieron navegar siempre en el océano de conceptos y palabras que es la obra ajena que se admira.

De unos y otros podría dar fe, pero hoy sólo me interesa el empeño de los traductores generosos que trabajan un texto como si acariciaran un cuerpo, que se detienen en comas y partículas como si fueran recodos íntimos, que miran de cerca o de lejos como miramos al otro, que besan el trabajo que terminan porque también ahí han expresado su capacidad de lealtad y de pasión.

Quizá no sepan, como les ocurrió a Mona, a Giovanni y a tantos otros, cuyos nombres no diré pero conozco, si algún día verán publicado el texto que aman y han trabajado, pero lo importante es que sintieron la urgencia de incorporarlo a su idioma y no hubo quien los detuviera. Por eso puedo decir aquí, en Buenos Aires, y ante tantos traduc-



Pilar, junto a su esposo José Saramago, recibe el aplauso de los asistentes

tores, sin miedo al ridículo y segura de que van a estar de acuerdo conmigo, que traducir literatura es un acto de amor. Es lógico que nos interese por las reflexiones teóricas, por el aparato crítico que, afortunadamente, existe sobre la traducción, claro que sí, pero, sobre todo, pienso que hay que reafirmar esa otra convicción que tiene que ver con la razón de los sentimientos y que es, al fin y al cabo, la única que puede producir obras geniales, es decir, las que arrebatan y dan sentido a la vida.

Pensaba acabar aquí pero creo que me tengo que comprometer algo más, así que emplearé unos minutos, pocos, lo prometo, para explicar mi propia experiencia, la que me llevó a compatibilizar mi trabajo de periodista en activo con el de traductora que todos los días se enfrenta a folios escritos en portugués para que ustedes los puedan leer en castellano o español.

Llegué a la traducción por casualidad. Todo empezó con una carta, luego fue una entrevista, un artículo, una conferencia, textos más o menos de circunstancia que Saramago escribía en su lengua y que entregaría en portugués para que otros tradujeran, a no ser que... a no ser que la española con la que comparte casa y vida se atreva. Y de un texto suelto llegamos a otro, y de una conferencia a un cuento, hasta la puerta de las novelas, territorio donde reinaba Basilio Losada, catedrático de portugués en la Universidad de Barcelona,

amigo del autor e introductor de su obra en España. Es decir, Losada sería siempre el traductor de Saramago ya que, y eso todo el mundo de la edición lo sabe, al escritor no le gusta cambiar ni de editorial ni de traductor si ambos responden al nivel de calidad que se espera, porque con unos y otros pretende mantener relaciones de conocimiento personal y de respeto, y eso no es compatible con mudanzas y arbitrariedades. O dicho con otras palabras: Saramago no cambia de traductor y editorial por capricho, de modo que si está contento con la calidad ambos ya pueden venir ofreciéndole todo el oro del mundo que se mantendrá fiel a la editorial y al traductor.

Pues bien, dirán, si esto es así, ¿porqué es usted ahora la traductora también de las novelas? Y aquí, para contarle, podría, de nuevo, entonar el "Érase que se era un día"...

Ocurrió que un día Basilio Losada comenzó a tener problemas en la vista y anunció que no podría seguir traduciendo, que Ensayo sobre la ceguera —otra vez este título— quizá hubiera sido su último trabajo. Dijo esto en Madrid, en la presentación oficial del libro, causando admiración entre los asistentes, que lo veían con gafas oscuras, repentinamente mayor y tembloroso, desconcierto en la editorial y preocupación al autor, que sabe hasta qué punto son terribles los problemas de la vista, ya que acababa de sufrir un desprendimiento de retina y, además, estaba presentando un libro que va de ciegos, bien es verdad que otros ciegos...

Entonces, aunque los augurios de Basilio Losada no se cumplieron porque afortunadamente acabó recuperándose aunque acotando sus tareas, el autor y la editorial se plantearon el dilema de quién debería tomar el testigo y la persona mejor colocada, la más cercana al autor, (lo siento por otros traductores que hubieran querido el lugar) era yo, así que me puse a la obra, con los miedos propios de quien se enfrenta a lo doblemente desconocido –el texto y el oficio– y la seguridad de que no traicionaría ni a uno ni a otro porque, y esto es una confesión, poseo la humildad suficiente para preguntar y la docilidad necesaria para no intentar imponer mi criterio después de haberlos confrontado con quienes considero maestros.

De este modo empecé a traducir. Va el autor escribiendo sus textos en el piso superior –tanto en sentido figurado como en sentido real– y cada noche baja hasta mi mesa los folios que ha producido y que son parte de una estructura que desconozco, aunque de ella tenga una idea general. Quizá eso mismo le ocurra al autor, que sabiendo hasta dónde quiere llegar, cada día tiene que inventar, sorteando mil obstáculos, la fórmula más adecuada para alcanzar su objetivo. Me deja Saramago los folios sobre la mesa, los leo una y otra vez, las que sean necesarias, y al día siguiente los traduzco. Luego, si el autor quita y pone, la traductora también pone y quita, si rompe folios (pocas veces ocurre eso porque en el papel pone lo que la cabeza ha organizado) también yo los rompo, si el recupera yo también recupero y así, ambos vamos haciendo nuestro trabajo y acabando a la par, para que los lectores de portugués y de castellano puedan leer el mismo día la novela que se les presenta.

Por supuesto, este sistema de trabajo, aparentemente ideal, comporta riesgos. Veamos algunos: la cercanía de idiomas y el contacto cotidiano entre ellos puede contaminar la traducción, hacer del español un portuñol inadmisibles, problema que trato de evitar sometiendo mi texto a la revisión cotidiana de una amiga, Pepa Sánchez, con la que trabajo desde hace años y que, al no conocer el portugués, detecta enseguida los falsos amigos, tan fre-

cuentes como dañosos. Aunque la mayor dificultad con que tropiezo, y es desesperante, lo juro, es la necesidad de atender a múltiples fidelidades, todas tan urgentes como justas. A saber: la fidelidad al idioma español, la fidelidad al estilo literario del autor, la fidelidad al texto, la fidelidad a las palabras, la fidelidad a la música, a la armonía, la fidelidad a la sintaxis, la fidelidad a la belleza... Tengo que decir que presa de tantas fidelidades, con el autor deambulando alrededor de mi ordenador, a veces me sorprende gritando que más me hubiera valido aprender japonés y traducir de ese idioma, que no tiene puntos de contacto, y sobre todo, a un autor lejano, que no discutiera, cada vez que mira por encima de mi hombro, la opción elegida. ¿Es que esta palabra no la tenéis en español? ¿Cómo que no? Son preguntas que se repiten, mientras la pobre traductora consulta diccionarios, porque el dominio del portugués que tiene Saramago excede, años luz, al dominio que yo tengo del castellano. Es verdad que este problema suele ser habitual de la traducción, que los creadores transitan de mundos desconocidos a mundos por conocer, con sus personales bagajes de palabras, emociones, ideas y trayectos a los que el traductor deberá asomarse desde su propia identidad, pero cuando hay confianza también hay discusión así que, en horas de trabajo, los debates entre autor y traductora son frecuentes. ¿Quieren saber como acaban? Obviamente acaban bien, de lo contrario no estaría aquí hablando con buen humor de esto, pero pecaría contra la verdad si no les dijese que muchas veces soy yo

quien remata las discusiones argumentando como los niños pequeños que se pelean en la calle: "para discutir", le espeto, "búscate a uno de tu mismo tamaño", porque soy consciente de que la responsabilidad de la defensa del castellano no puede estar sólo en mis manos, sobre todo, ya lo he dicho, teniendo enfrente a un enemigo tan poderoso. Es verdad que tengo aliados sabios, que Amaya Elezcano, de Alfaguara, o Fernando Gómez Aguilera, el magnífico filólogo y gran poeta que dirige la Fundación César Manrique, o Alex Grijelmo, autor de tantos libros enseñando el buen uso de castellano, siempre están prontos para socorrer a la peregrina de la lengua y así, con esas ayudas, con el ojo siempre vigilante de Pepa, con los estímulos de los lectores, cada día más dueña del sistema de trabajo que les he descrito, las traducciones van saliendo, para que ustedes las vean y no las sufran demasiado. Que es el propósito de todo traductor que se precie, porque él o ella, capacitado como está para gozar el texto original en todo su esplendor, sabe, salvo que sea otro escritor y entre ambos se produzca una especial comunión, sabe, decía, o sé, puesto que soy yo quien está hablando, que nunca jamás conseguiré poner en el papel la última y definitiva poesía del texto, la palpación tenue del corazón de una flor que se oye en el original y que en la traducción siempre necesitará una palabra que la explique.

Ese es el drama del traductor.
Muchas gracias.

Pilar del Río
Buenos Aires, 1 de mayo de 2003

